

1. EL CUERPO

Larga y estrecha, la isla de Manhattan se asienta en la bahía, entre otras islas, afloramientos y planicies, como una ballena franca que navega un canal rocoso; rodeado de formaciones inexpresivas, si coloreásemos de amarillo un mapa en función de su densidad de población, Manhattan parecería una sardina en una sartén. Desde el aire se ve con púas, espinoso, un lecho de clavos, un bosque de cimas, una meseta de formaciones alineadas, talladas, erosionadas y recorrida por cañones. Sobre un callejero se muestra cuadrículado y sombreado, como si representase un organismo de naturaleza desconocida: plano, marcado por estrías rígidamente rectilíneas en la masa central, y obtiene su personalidad gracias a las líneas torcidas y laboriosas y a los accidentados bancos de verde sólido en la parte superior, y a las convergentes y enfrentadas zonas de incisión intermitentemente regulares en la parte inferior.

El trazado de las calles de Manhattan revela su historia. Parecen haber sido construidas al principio sin un orden, a tropezones, y que más tarde, conforme el asentamiento fue avanzando hacia el norte, siguieron un gran plan a excepción de la región más al norte, donde el orden fue finalmente sacrificado ante los

dictados de la topografía. Esto es, de hecho, más o menos lo que pasó. El pueblo holandés del siglo XVII se conserva en la escala nudosa y estrecha de las calles en el extremo más bajo de la isla; el puerto de mercaderes ingleses que lo sucedió, en los nombres dados a aquellas calles: Gold, Pine, Beaver, Ann, William, Hanover. El reparto de las posesiones por parte de las grandes familias a finales del siglo XVIII y principios del XIX ha dejado tanto nombres —Rutgers, Delancey, Lispenard, Stuyvesant— como montones de calles en ángulo recto que se cortan abruptamente en la calle Division, en Grand, en Houston, revelando un patrón fragmentado de desarrollo. El orden impuesto por el plano en cuadrícula, proyectado en 1807 por John Randel Jr. y aprobado en 1811 por un Consejo de Comisionados, comienza en la calle 1, en el East Side, y avanza gradualmente hacia el noroeste hasta abarcar toda la isla en la calle 14. Luego se extiende por toda la superficie, con insignificantes desafíos, hasta que finalmente lo cercan los montes en la parte alta de la ciudad, y la numeración sale derrotada frente al cuello de botella del Fort George Hill, cerca de la calle 194.

Todas las ciudades nacen como un foco de actividad, normalmente un puerto, y a su alrededor va creciendo de manera concéntrica un asentamiento en anillos cada vez más amplios. Manhattan es única tanto en su forma y sus circunstancias como en su crecimiento, que se asemejó (para sumar otra a este listado ya profuso de metáforas) a un termómetro. La velocidad de su crecimiento —su temperatura ascendente— se entiende mejor a través de un hecho bien conocido: cuando se construyó el actual City Hall, entre 1803 y 1812, su fachada y sus laterales se hicieron de mármol, mientras que la parte trasera se construyó con una arenisca roja más barata; esto se debe a que, al estar tan al norte, se creyó que nadie jamás la vería. Huelga decir que esta cara trasera ya estaba rodeada de edificios antes de que concluyera su construcción. En algún momento, a comienzos del siglo XIX,

cambió la mentalidad popular y el concepto de la ciudad pasó de un estancamiento pacífico a un desarrollo incontrolable, de manera que para 1849, cuando la ciudad apenas existía más allá de la calle 14, Herman Melville podía escribir satíricamente:

Las guías de Nueva York se jactan hoy de la magnitud de una ciudad, cuyos futuros habitantes, numerosos como la arena de la playa y circundados de altos muros y torres que flanquearán interminables avenidas de gran gusto y opulencia, mirarán todas nuestras Broadways y Bowerys como el exiguo núcleo de su Nínive. Desde el Hudson arriba, más allá del río Harlem, donde crecen hoy los arbolillos que darán sombra centenaria con sus anchas ramas a sus mansiones señoriales, puede que envíen exploradores para internarse en las oscuras y humeantes callejuelas de la Quinta Avenida y la calle 14, y más al sur, es posible que desentierren el actual edificio dórico de Aduanas y lo presenten como una prueba de que su poderosa metrópoli disfrutó de una antigüedad helénica⁸.

Nos han llegado muy pocas huellas o analogías del aspecto que tuvo la ciudad durante gran parte de su historia —no fue sino hasta hace un siglo que el lugar comenzó a adquirir algunas de las características con las que hoy lo asociamos—. La identidad natural de Manhattan es particularmente irrecuperable: que alguna vez contuviese dos estanques abundantes, que estuviese atravesada por riachuelos, que poseyera pantanos y planicies, montes y valles, que estuviese rodeada por una costa alternativamente rocosa y pantanosa. Los enormes trabajos de excavación, nivelación y recuperación prácticamente han aplanado la parte sur de la isla, salvo algunas elevaciones suaves que indican alguna clase de pasado topográfico en las avenidas. La extensión de

⁸ Melville, Herman: *Redburn*, editorial Alba, 2008, traducción de Miguel Temprano García.

agua más grande de Manhattan era el Collect Pond (una corrupción del holandés «Kalchhook», o «Estanque de conchas»), que quedaba aproximadamente en las lindes de las actuales calles Franklin, Worth, Lafayette y Baxter. Originalmente bien surtido, hacia mediados del siglo XVIII casi ya no quedaban peces y comenzó a llenarse de desechos. Se discutieron muchos programas de drenaje, pero no se hizo nada hasta 1808, cuando las malas condiciones económicas desataron la inquietud general y las autoridades locales aprobaron fondos para un proyecto de obra pública que tranquilizara a la población. Se construyó un canal de este a oeste (que después se rellenaría y con el tiempo se conocería como calle Canal), y el estanque drenado se pavimentó convirtiéndose pronto en el primer arrabal de la ciudad.

La calle Canal fue el límite norte de la ciudad durante la década de 1820, pero para entonces algunos caseríos ya se habían agrupado en Greenwich y Chelsea, al tiempo que algunas granjas aisladas moteaban el paisaje hacia el norte. Hacia 1835 Washington Square pasó de ser un cementerio para gente sin identificar a un enclave popular; Madison y Union Square y Gramercy Park se despejaron y se abrieron al desarrollo durante la siguiente década. La avanzadilla del progreso generalmente marchaba unas diez manzanas por delante de la explosión de asentamientos, así que en cada caso se producía un lapso entre la nivelación de las características naturales y de las estructuras arcaicas y el inicio de la construcción planificada. Aunque el enorme embalse de Croton se construyó en 1842 en la Quinta Avenida y en la calle 42, y el efímero Crystal Palace detrás de este en 1853, el área circundante no estaba ni de cerca habitada, incluso hasta la Guerra de Secesión⁹. Los mapas de la época muestran, optimistas, una cuadrícula cubriendo la isla, incluso

⁹ En la Guerra de Secesión (1861-1865) los estados del norte, conocidos como la Unión, se enfrentaron contra los once estados del sur, conocidos como la Confederación, que habían proclamado su independencia (N. del T.).

proyectando la 13ª Avenida y la 14ª Avenida hacia el futuro Fort Tryon e Inwood, y las calles numeradas hasta la 229. Pero las motas que indicaban edificios en la parte norte de la ciudad, con su disposición desperdigada, no respetaban las teóricas líneas de las calles.

En la parte norte de la ciudad había granjas, algunas de ellas grandes y prósperas; pequeños asentamientos en Bloomingdale, Yorkville, Manhattanville, Carmanville; y también asentamientos chabolistas. Eran campamentos abundantes (alguien los llamó la bohemia de los pobres), habitados por irlandeses paupérrimos; durante años el más grande de estos estuvo en Dutch Hill, en la parte este de la calle 42. Edgar Allan Poe describió una vivienda típica en 1884:

Quizá tenga nueve pies por seis, con una pocilga en el exterior a modo de pórtico o apoyo. La estructura entera (que es de lodo) se ha erigido en una obvia imitación de la torre de Pisa. Una docena de tablones toscos, amontonados e inclinados, forman el techo. La puerta es un barril que ya no sirve. Hay un jardín, también, que en un punto está rodeado por una zanja; en otro, por una gran piedra; y en un tercero, por una zarza¹⁰.

Sus habitantes se amontonaban en la zona que quedaba vacía temporalmente entre los bloques urbanos y las tierras de las granjas, lo que hacía que su situación fuera precaria y sus vidas nómadas conforme esa línea se desplazaba hacia el norte. El reformador Charles Loring Brace escribió en 1872: «Con frecuencia permanecen ahí hasta que los picapedredros que abren las calles casi derrumban sus chabolas, y, entonces, si sus edificios no han sido destruidos, los desarman y los empacan como tien-

¹⁰ Citado en Morgan McCullough, Esther: *As I Pass, O Manhattan* (página 915), editorial Coley Taylor, 1956.

das de campaña hacia otro lugar donde habitar»¹¹. Hay que decir que, en muchos casos, los habitantes de las chabolas y los picapedreros eran la misma gente, contratados con sueldos míseros para desarraigarse a sí mismos una y otra vez mientras abrían paso al progreso. Las chabolas se extendieron a finales del siglo XIX hacia todos esos sitios durmientes que quedaban alrededor y dentro del todavía no construido Central Park, y hasta Harlem; el último de estos asentamientos no desapareció hasta el inicio del siglo actual, cuando se fundió con los barrios pobres de Battle Row y San Juan Hill. La gente de fuera conocía indistintamente a las zonas ocupadas del norte como Las Ca-bras, y las veían como monstruosidades y lugares para el exilio de policías insubordinados o indiscretos, condenados a soportar la falta de incentivos y regocijo allá en tierra salvaje.

Mientras tanto, el precio de los terrenos se multiplicaba a una velocidad de vértigo. Una granja de 40 acres en las cercanías de la calle 72 y la Quinta Avenida, comprada al municipio por unos 40 000 dólares en la década de 1820, pasó a estar valorada en 9 millones de dólares en 1875, aun despojada de cualquier edificio. Los tipos más sagaces compraban lotes individuales o múltiples por aquí y por allá y construían casas como rebanadas de pastel, sin ventanas en los lados y que cubrían todo lo ancho de la propiedad, y era común que se extendieran casi hasta la calle, sin espacio para un patio delantero. Un grabado de 1861 de la Segunda Avenida y la calle 42 muestra, en uno de los lados de la avenida, esas hileras de casas que no se tocan, mientras que, en el otro, hay casas de madera desvencijadas encaramadas a la cima de colinas erosionadas, muy por encima del camino aplanado. En una fotografía de 1890 de la calle 133 Oeste, bloques de tres o cuatro casas de piedra rojiza, con sus propias aceras, brotan como hongos en intervalos, dejando grandes es-

¹¹ Brace, Charles Loring: *The dangerous classes of New York*; editorial Wynkoop, 1872.

pacios vacíos a través de los cuales, unas calles más adelante, se percibe un desarrollo igualmente irregular. En la segunda mitad del siglo XIX, con la aceleración del ritmo de construcción, las partes de Manhattan en las que aún no se habían hincado el pico y la pala pasaron directamente de ser rurales a urbanas, sin la etapa intermedia suburbana. Hacia la Primera Guerra Mundial ya no quedaba prácticamente ningún terreno agrícola, aunque la última granja, en la Décima Avenida con la calle 214, no se demolió hasta la década de los cuarenta, cuando unos terrenos destinados al metro ocuparon su lugar.

* * *

Una vez que se trazaban las calles en una zona de la isla, a menudo se convertían en la única señal de estabilidad dentro del torbellino del cambio. Así como sus nombres testimoniaban las circunstancias de su fundación, las propias calles eran el único denominador común entre los violentos cambios de fortuna que sufría un barrio, debidos a la construcción y a la reconstrucción, a la prosperidad y al declive, al reciclaje y a la destrucción. La calle Cherry, por ejemplo, pasó de ser un barrio acomodado a uno pobre en menos de 30 años. Los incendios eran comunes y algunos fueron catastróficos, como el gran incendio del invierno de 1835, que diezmó gran parte del distrito comercial cercano a Wall Street. La alteración constante del paisaje urbano estimuló la sensación de que la historia era un escorzo continuo. En 1836, un editor de la *American Magazine of Useful Knowledge*, probablemente el joven Nathaniel Hawthorne, comentó en el pie de foto a una imagen de la ciudad anterior al gran incendio:

Es singular que la reproducción borrosa de un edificio probablemente tenga una existencia más larga que la pila de ladrillos y mortero que forman el propio edificio. Tomemos un grabado como este

y veamos el edificio grande de la esquina derecha; es probable que, dentro de un siglo, el grabado siga como siempre, mientras que el edificio probablemente lo hayan derribado para hacer hueco a las mejoras modernas o esté totalmente consumido por el fuego. Si la posteridad desea saber dónde estuvo aquella orgullosa estructura, estará en deuda con el grabado por ese conocimiento¹².

Los primeros neoyorquinos ya sabían que no estaban construyendo una Roma y que las calles serían sus monumentos.

De todas las calles, la más antigua era Broadway. Originalmente un sendero indio, más tarde conocida por los holandeses como De Heere Straat o Main Street, y más adelante la parte baja de la Boston Post Road, Broadway se ha mantenido como una de las calles principales a lo largo de la historia de Nueva York. La crónica de su pavimentación sigue más o menos el avance de la urbanización de Manhattan: hasta la calle Duane en 1818, hasta la calle Canal en 1830, hasta Astor Place en 1837, y poco a poco hasta la 59 en la época de la Guerra de Secesión. Broadway recorre unas tres millas en línea recta desde el Battery hasta la calle 10, donde gira bruscamente a la izquierda por razones extrañas que la creencia popular atribuye a la intransigencia de Jacob Brevoort, quien en el siglo XVIII era dueño de la propiedad que ahora ocupa Grace Church¹³. Hacia la zona alta de la ciudad, la vieja Bloomingdale Road, que recorría la zona oeste hasta el puente Kingsbridge, sobre el río Harlem, fue gradualmente enderezada y pavimentada, y en 1868 se inauguró como el bulevar, una expansión hacia el norte de Broadway. A inicios del siglo XX fue rebautizada como

¹² Atlee Kouwenhoven, John: *The Columbia Historical Portrait of New York* (página 207), editorial Doubleday, 1953.

¹³ Otra teoría sostiene que Broadway pretendía rodear Union Square, cuya ubicación actual ya estaba proyectada. Pero los topógrafos se dieron cuenta tarde de que el curso que estaba siguiendo Broadway se había desviado de la plaza por una manzana (N. del Autor).

Broadway, igual que una cadena de calles que llegaban hasta Yonkers, haciendo que Broadway se convirtiera, según la leyenda popular, en la calle más larga del mundo.

Durante casi toda su historia, Broadway atrajo muchas de las tiendas, los hoteles y los teatros de la ciudad, así como los principales edificios de oficinas. Paradójicamente, su importancia como arteria y área de negocios nunca hizo que se ensanchara en proporción al tráfico que soportaba. Este tráfico fue tal que, durante la Guerra de Secesión, la policía enviaba patrullas para «desbloquear» la circulación en las horas de trabajo, e hizo que cruzar entre el lado «chelín» (este) y el «dólar» (oeste)¹⁴ se volviera tan peligroso que, en 1867, un sombrerero con una tienda en la esquina de la calle Fulton acabase convenciendo al Consejo de los Comunes para que destinara recursos a la construcción de un puente peatonal. Hecho de hierro forjado y conocido como el puente Loew, no duró ni un año por los pleitos legales interpuestos por los sombrereros rivales de la zona.

Broadway siempre fue la primera vía pública en beneficiarse de las innovaciones: la primera acera, construida de ladrillos entre las calles Vesey y Murray, a mediados del siglo XVII; las primeras casas numeradas, a partir de 1793; alumbrado de gas, en 1825; luces de arco eléctrico, en 1882. Conforme aumentaron las actividades comerciales, Broadway fue la primera avenida en despojarse de residencias, poco a poco, volviéndose del todo comercial con el paso del tiempo hasta la calle 59. Sin embargo, no logró deshacerse de sus bajos fondos, que eran abundantes, pese a que sus tugurios, sus salones de conciertos y sus casas de apuestas tenían algo más de estilo que los de los callejones, y pese a que periódicamente los policías recibían la orden de

¹⁴ El «dólar», sin duda, era por influencia occidental; el «chelín», por la oriental. Durante gran parte del siglo XIX, las dos denominaciones eran casi intercambiables. Era posible, por ejemplo, que los menús en los restaurantes incluyeran precios en S. (por chelines) y D. (centavos de dólar) (N. del A.).

alejarse la prostitución de sus aceras. En la década de 1880 llegó a decirse que uno podía plantarse en la esquina de Broadway y la calle Houston y disparar una escopeta en cualquier dirección sin acertar en un hombre honesto. Una leyenda de los noventa contaba que alguien gritó en la esquina de Broadway y la calle 42: «¡Ahí está el hombre que me robó el reloj!», y que acto seguido doce hombres echaron a correr.

El heterodoxo empuje de Broadway en diagonal por el centro de la ciudad creó espacios abiertos que el rígido planeamiento en cuadrícula no preveía. Union Square surgió como el resultado de su colisión con la Cuarta Avenida; Madison Square, de su colisión con la Quinta; Greeley y Herald Squares, con la Sexta; Times y Longacre Squares, con la Séptima; y Columbus Circle, con la Octava. Las plazas que había en la parte baja de la ciudad —Washington, Stuyvesant y Gramercy, en particular— habían quedado envueltas y protegidas de tal manera que se convirtieron en parques privados para las controladas residencias de enfrente; pero las plazas de Broadway estaban abiertas y desbordadas, por lo que naturalmente se convirtieron en centros de entretenimiento. El nudo teatral —o uno de ellos, por lo menos— comenzó a extenderse con lentitud por Broadway después de la revolución¹⁵, llegó alrededor de la calle Spring justo antes de la Guerra de Secesión, y a partir de entonces fue apareciendo puntualmente en cada una de las plazas, una tras otra, en intervalos de diez años, más o menos, hasta detenerse en Times Square, en la misma época en que la plaza recibió ese nombre debido a la construcción de la Times Tower, entre 1902

¹⁵ Se refiere a la Revolución de las Trece Colonias, o Revolución estadounidense, que es el movimiento por el que las trece colonias en territorio estadounidense se sublevaron contra la metrópoli británica en busca de su independencia. La revolución comienza en la década de 1760 y culmina, tras varios años de guerra, en 1783, con la derrota británica en la batalla de Yorktown y la firma del Tratado de París. Durante ese periodo, en 1776, se firmó la Declaración de Independencia de Estados Unidos (N. del T.).

y 1904. Aunque el apelativo de la Gran Vía Blanca no le llegó hasta el siglo XX, ya desde mucho antes se decía que la gran cantidad de teatros convertía cualquier tramo de Broadway en la zona mejor iluminada de la ciudad.

Broadway albergaba las dos caras de una moneda: de un lado, la almidonada clase alta de la Quinta Avenida, y de otro, el Bowery, la proverbial guarida de todos los vicios. La dicotomía entre Broadway y el Bowery nació pronto, cuando sus respectivas zonas teatrales se convirtieron en la representación de la respetabilidad, en el primer caso, y de la ostentación barata, en el segundo; con el paso de los años, estas cualidades se extendieron en el imaginario popular, de manera que las dos avenidas llegaron a representar, aunque fuera impreciso, dos polos morales. Así es como se refleja, por ejemplo, en «The Bowery», el éxito musical de Charles Hoyt (presentado sin venir a cuento en el musical de 1891 *A Trip to Chinatown*, ambientado en San Francisco), a propósito de la queja de un pueblerino:

Oh, la noche que caí en Nueva York
Salí a dar un paseo tranquilo;
Quienes «conocen» la ciudad dicen
Que lo mejor, de lejos, es Broadway.
Salí para disfrutar del paisaje,
Y ahí estaba el Bow'ry brillante con sus luces;
¡Tuve una de esas noches del diablo!
¡Jamás volveré allí!

Coro:

¡El Bow'ry! ¡El Bow'ry!
¡Las cosas que dicen y las rarezas que hacen en el Bow'ry!
¡El Bow'ry! ¡Jamás volveré allí!

El Bowery comenzó su biografía como De Bouwerie, o camino emparrado, el sendero que conducía de la propia New Amsterdam

a las granjas en las afueras, y que alcanzaba hasta la de Pieter Stuyvesant, cerca de lo que ahora es Astor Place. Como Broadway, su curso siguió un sendero indio, uno que limitaba al sur con la actual Chatham Square y que se unía al poblado a través de dos conexiones, que con el tiempo llegaron a ser Park Row y la calle Pearl. Su etapa como pacífica vía rural duró cerca de un siglo; su uso como carretera por parte de los boyeros que iban de la parte baja del poblado al caserío que había crecido cerca de la mansión Stuyvesant pronto engendró tabernas, posadas y establecimientos similares, por los que empezó a ser conocido.

Muchas zonas en el sur de Manhattan adquirieron una reputación desproporcionada cuando Nueva York todavía era un pueblo pequeño; la ciudad creció y esos lugares se convirtieron en lo que pregonaban sus leyendas. Desde muy pronto, el Bowery fue etiquetado como un lugar idílico venido a menos, y en algún momento se convirtió en símbolo del deterioro. Desde entonces ha seguido decayendo, hasta el día de hoy, aunque a lo largo de los años la naturaleza de esta caída ha variado continuamente, pasando de camino de campo a zona restringida, de lugar de asueto para la clase trabajadora a casba, luego a zona recreativa, de ahí a nido de criminales y luego a poblado chabolista. En cualquier caso, hasta hace muy poco, el Bowery poseyó el mayor número de tabernuchas, pensiones de mala muerte, negocios fraudulentos, burdeles, remates, subastas amañadas, casas de empeño, «dime museums», galerías de tiro, locales de bailarinas, de adivinos, agencias de loterías, mercadillos de bienes robados y salones de tatuajes, así como teatros de segunda, tercera, quinta y décima categoría. También es un hecho que el Bowery es la única vía principal de Nueva York en la que jamás se ha construido una iglesia.

Además de ser la capital del libertinaje, el Bowery también era la calle Mayor para las clases bajas. Era un guiso heterogéneo

mucho antes de las grandes oleadas de inmigración, como observó un cronista en Chatham Square en 1852:

Aquí puedes ver al judío y al gentil, al sacerdote y al levita, así como a las clases restantes —viejos y jóvenes de cualquier procedencia sobre la tierra, y de todas las condiciones y los colores del *genus homo*...—. Chatham Street es una especie de museo o una vieja tienda de curiosidades, y creo que Barnum haría bien en comprar todo el paquete, hombres, mujeres y bienes, e incluirlo en su mundo de curiosidades en la esquina de Ann con Broadway¹⁶.

El Bowery no solo era el lugar al que iban los pobres para divertirse, sino también donde se montaban y podían encontrarse sus asociaciones, de diverso tamaño y estabilidad. Puede que estos clubes sociales se pusieran en marcha de una manera bastante descuidada, pero casi siempre adquirían importancia política. Las bandas, que en sus primeros años poseían una naturaleza más fraternal que delictiva, respaldaban a sus políticos preferidos, operaban como sus correas de transmisión y se hacían responsables de que su voluntad se reflejara en las urnas, tal y como ocurría con los cuerpos de bomberos, que eran básicamente bandas equipadas con camiones de bomberos. Por lo general, sus inclinaciones políticas eran demócratas, y cubrían todo el abanico desde los radicales de la década de 1820 hasta los matones y cargos menores de Tammany Hall¹⁷; más adelante, hacia finales del siglo XIX, ya había suficiente población autóctona como

¹⁶ Fragmento de *Glimpses of New York City*, de William M. Bobo, publicado por J. J. McCarter en 1852. Citado en *The Columbia Historical Portrait of New York* (página 207), de John Atlee Kouwenhoven, editorial Doubleday, 1953.

¹⁷ Tammany Hall era la maquinaria política del Partido Demócrata en Nueva York, y tuvo mucha influencia en el periodo que va de 1854 a 1934. Tejieron sólidas redes clientelares y controlaron el destino de los votos, especialmente de la población inmigrante, en ocasiones con métodos violentos (N. del T.).

para que prendieran las inclinaciones nativistas¹⁸. En esencia, sin embargo, la masa era impredecible e incontrolable; cuando el distrito cobró entidad política, su poder llegó a ser temible. Aunque Nueva York nunca experimentó una revuelta de las clases bajas, estuvo peligrosamente cerca en muchas ocasiones: los disturbios antiabolicionistas de 1834, el motín del Astor Place Theater de 1849, los disturbios de reclutamiento de 1863. Que estos alzamientos representaran una oposición masiva a la aristocracia reformista, a los actores ingleses y al reclutamiento forzoso durante la Guerra de Secesión es una verdad engañosa y a medias. La república del Bowery era un polvorín de furia de clase prepolítica donde una mínima excusa bastaba para el estallido.

El Bowery era el foro de los barrios bajos, la orilla a la que iban a parar los cuerpos que no podían ser absorbidos por los hacinados edificios al este y al sur. Hasta cierto punto era una zona étnicamente neutral; siempre hubo gran cantidad de alemanes, irlandeses, judíos, negros y los más debiluchos de entre las personas de ascendencia anglosajona. Según una crónica de 1872, también estaban presentes «el español y el portugués de apariencia pirata, el italiano agitanado, el francés parlanchín con un irresistible aroma de la comuna, el mexicano bruto, el triste y callado “Chino Bárbaro”». ¹⁹ El Bowery era el lugar donde los inmigrantes intercambiaban información; era muy probable que los recién llegados, si no eran de la nobleza, tarde o temprano

¹⁸ El nativismo define la resistencia y la hostilidad de la población autóctona contra las minorías extranjeras. Ha cobrado especial relevancia en diferentes periodos de la historia de Estados Unidos y no siempre es racial, pues también ha habido nativismo anticatólico o contrario a las transformaciones sociales, como el que se dio a finales del siglo XVIII por el miedo de que las innovaciones que trajo la Revolución francesa pudiese afectar la estabilidad de los nacientes Estados Unidos (N. del T.).

¹⁹ McCabe, James D.: *Lights and Shadows of New York Life*; National Publishing Company, 1872. «Chino Bárbaro» («Heathen Chinese») es el título de un poema de Bret Harte, publicado originalmente en 1870 con el título «Plain Language from Truthful James», en el que parodiaba la discriminación y los prejuicios contra los inmigrantes chinos (N. del T.).

pasaran por ahí. Por supuesto, algunos eran incapaces de marcharse, ya fuese porque se enredaban en la bebida o en la prostitución, o porque eran asesinados por sus botas o mutilados por su cara bonita. Muy pronto empezó a decirse que no se podía caer más bajo que en el Bowery; una víctima típica fue el cantautor Stephen Foster, quien adquirió fama nacional antes de la treintena por clásicos como *My Old Kentucky Home* y *Jeannie with the Light Brown Hair*, pero perdió el rumbo y se bebió todo hasta su muerte en el pasillo de una pensión en 1864, a los 38 años. De alguna manera la dipsomanía y la muerte son los únicos elementos constitutivos de la leyenda del Bowery que siguen vigentes; hoy en día, las tentaciones se han ido a otros lugares, pero todavía son visibles sus consecuencias.

El curso del Bowery no es muy largo. Comienza en el tradicionalmente pendenciero Chatham Square (con un tentáculo hacia el sur que alguna vez fue el New Bowery, pero que más adelante fue respetablemente rebautizado como St. James Place) y en apenas una milla se curva hacia Cooper Square, donde la proa institucional de Cooper Union lo parte en dos, y se convierte en la Tercera y la Cuarta Avenida. De esta última, poco más puede añadirse a la descripción que hizo O. Henry a inicios de siglo:

La Cuarta Avenida —nacida y criada en el Bowery— se arrastra hacia el norte llena de buenos propósitos.

Cuando cruza la calle 14, se pavonea por un momento con orgullo a la vista de los museos y los teatros baratos. Podría convertirse en una buena compañera para el bulevar, su hermana de alta cuna, que sale hacia el oeste, o para su escandalosa, políglota y rolliza prima, hacia el este. Pasa por Union Square; y aquí los cascos de los caballos de carga parecen atronar al unísono, y recuerdan las huestes en marcha —¡Hurra!—. Pero ahora vienen las silenciosas y terribles montañas, edificios tan cuadrados como fuertes, altos

como las nubes, que no dejan ver el cielo, donde miles de esclavos se encorvan sobre sus escritorios todo el día. En la planta baja hay pequeñas fruterías y lavanderías y librerías... y, después, —¡pobre Cuarta Avenida!— la calle se desliza hacia una soledad medieval. En ambos lados las tiendas están dedicadas a las «antigüedades».

Con un grito y un estruendo la Cuarta Avenida se lanza de cabeza hacia el túnel de la calle 34 y nunca se le vuelve a ver²⁰.

Dejando de lado algunos detalles menores de carácter mercantil, ni la Cuarta Avenida ni su parte rebautizada como Park Avenue South han cambiado mucho en los últimos 90 años. La Tercera Avenida, sin embargo, su «rolliza prima, hacia el este», se ha transformado hasta volverse irreconocible. Su particularidad principal, el paso de tren elevado, fue abatida en 1955, y las manzanas chabacanas de tabernas y estancos se han demolido. Durante gran parte de su historia, la Tercera Avenida estuvo en manos de los pobres respetables, el proletariado del lumpen del Bowery. La Primera y la Segunda Avenida eran similares, también con una vía elevada que se extendía a lo largo de la Primera, más abajo de la calle 23, y a partir de esta por la Segunda Avenida; la vía fue derribada en 1940. A la Primera Avenida no se le conocía más allá de sus mercadillos ambulantes, pero la Segunda Avenida, de la calle 14 hacia abajo, se distinguía como la calle principal de una sucesión de enclaves étnicos, alemanes, austriacos (Klein Wien), húngaros (Goulash Row), polacos y ucranianos. Aunque se le recuerda más por su medio siglo como el Jewish Rialto, el hogar del teatro Yiddish, que durante su máximo esplendor se desarrollaba en unas dos docenas de salas a lo largo de la avenida.

Entre estas avenidas, y más al este, se extendía una colcha hecha con retales de asentamientos étnicos que iba cambiando

o expandiéndose periódicamente sin que se produjese una absorción capilar visible. La presencia alemana, que a partir de la calle Houston dominó el Lower East Side durante medio siglo después del fracaso de la revolución burguesa de 1848, era una excepción a esta regla al haber tenido un final perceptible. A finales del siglo XIX, los alemanes eran probablemente la minoría más poderosa en la ciudad, habiendo llegado a establecer una red muy sólida de clubes políticos, hermandades, Männerchors, Turnvereins y una prensa considerable, y en la Segunda Avenida, o la Avenida A (Dutch Broadway), había más gente que hablase la lengua sajona que la anglosajona. Entonces, el 15 de junio de 1904, 1020 personas del barrio, la mayoría mujeres y niños, murieron en el naufragio del General Slocum, un vapor de recreo que se incendió en el East River y se partió cerca de North Brother Island. Las víctimas, miembros de la congregación luterana de la iglesia de St. Mark's, en la calle 6²¹, se dirigían a su pícnic anual en Long Island Sound; su embarcación era una catástrofe en ciernes, con salvavidas podridos, botes inservibles y una tripulación incompetente. Las víctimas fueron tantas que el cortejo fúnebre utilizó todas las carrozas de la ciudad. La tragedia quebró el espíritu del barrio, y aunque se produjo entonces una migración masiva de las familias de las víctimas, la mayoría reubicándose en Yorkville, la comunidad alemana ya no volvió a ser la misma. Una década más tarde, los furibundos sentimientos antialemanes surgidos a raíz de la Primera Guerra Mundial supusieron el tiro de gracia.

Al este y al sur de la zona alemana estaba la húngara, que serpenteaba alrededor de las calles de numeración baja y las manzanas frente a la costa hasta Dry Dock, alrededor de la calle 10, y ahí se mezclaban hasta desaparecer en el territorio judío, empujando desde un centro que podría situarse en Rutgers Square

²⁰ Fragmento de «A bird of Bagdad», cuento de O. Henry.

²¹ Todavía en pie, aunque ahora convertida en una sinagoga (N. del A.).

(después, Straus Square), donde las calles Canal y Essex se juntan con East Broadway. Al este y al sur de este punto, la zona ju- día se diluía hacia los barrios bajos irlandeses, entre Cherry Hill y Corlears Hook, algunos de los cuales llevaban habitados por los pobres desde la época de la revolución. El territorio chino, un poco hacia el oeste, comenzó con unas pocas casas en las calles Mott y Pell en la década de 1870, y a lo largo de los años se ex- pandió en las cuatro direcciones, absorbiendo gradualmente los asentamientos étnicos que iban quedando abandonados a su al- rededor. Un poco hacia el norte estaba la más grande de las tres o cuatro Little Italy de la ciudad, en este caso concentrada en la catedral Old St. Patrick's, en la calle Mott esquina con Prince.

En el lado oeste, las chabolas se extendían ininterrumpidas desde el pozo Battery hasta las calles numeradas con el 60. Al- rededor de Washington Market —el gran mercado de frutas y verduras de la ciudad durante casi dos siglos, hasta que fue de- molido para hacer sitio al World Trade Center y sus negocios se trasladaron a Hunts Point, en el Bronx— había una pintoresca colección de asentamientos, incluido un barrio sirio. Entre el antiguo St. John's Park, en la calle Varick con Laight, y la parte baja de Greenwich Village se ubicaba un antiguo barrio pobre, habitado por anglosajones nacidos allí, hasta que la zona fue derribada a inicios del siglo XX por clamor popular. El primer barrio abiertamente afroamericano, conocido como Little Afri- ca, iba desde la parte baja de la calle Thompson, en lo que aho- ra es el SoHo, hasta las calles cercanas a la vieja Minetta Water, uno de los últimos riachuelos de la isla en ser pavimentado. El propio Greenwich Village acogió primero a familias prósperas que huían de las epidemias de cólera de inicios del siglo XIX, pero más tarde se convirtió en una barriada heterogénea, céle- bre por su bohemia y, como consecuencia de esta, por haberse aburguesado después, justo antes y después de la Primera Gue- rra Mundial.

Poco después de la Guerra de Secesión, la Sexta Avenida, al noreste del Village, alcanzó cierta fama como competencia del Bowery. La leyenda cuenta que la zona fue bautizada por un capitán de la policía notoriamente corrupto, llamado Alexander «Clubber» William, cuando, al ser transferido en 1876 desde la comisaría de la calle Oak, en la monótona zona comercial de la calle 30 Oeste, dijo: «He estado viviendo de carne para esto- fado durante mucho tiempo, y ahora voy a pillar solomillo»²². El Tenderloin era sinónimo de prosperidad para los granujas, y era mucho más lucrativo que el Bowery porque sus antros de perversión eran más grandes y estaban frecuentados por una clientela más próspera. Mientras que el Bowery era un peligroso callejón de sombras y tentaciones por, para y de los pobres, el Tenderloin apelaba a quienes buscaban emociones puntuales, a maridos disolutos, a bomberos de visita y a empresarios de jue- ga. Su apogeo fue relativamente breve, porque los movimien- tos reformistas anteriores a la Primera Guerra Mundial fueron cerrando la mayoría de sus salones de baile, sus burdeles y sus locales de apuestas; pero durante los años noventa y la primera década del siglo XX, el Tenderloin fijó el que probablemente sea el estándar definitivo del vicio en un barrio. En unas cuantas manzanas podían hallarse establecimientos que suministraban toda la gama de apuestas posibles, desde el *dollar stuss* al *baccarat* de seis cifras; una oferta igualmente amplia de servicios sexua- les, que variaban según la especificidad y el precio; tabernas, que iban desde el bebedero clandestino más desvencijado hasta el bar de champán más distinguido; fumaderos de opio en los sótanos de las casas de vecindad o en residencias elegantemente

²² Una versión alternativa de la historia sostiene que Williams vio al abogado penalista Abe Hummel en el famoso restaurante Delmonico y le reprendió: «Debería compor- tarse mejor, señor Hummel, o de lo contrario no podrá seguir comiendo los jugosos filetes que acostumbra». «Hablando de eso» —replicó Hummel— «a usted también le acaban de entregar un jugoso solomillo» (N. del A.).

decoradas solo para ese propósito; y, claro, todo tipo de timos, extorsiones, estafas, fraudes o simples robos.

Hacia el oeste, arriba y abajo por la orilla del North River (ahora más conocido como río Hudson, que es su continuación hacia el norte del estado), había chabolas peores si cabe que sus contrapartes del East Side. El nombre dado generalmente a este distrito era Hell's Kitchen, un término que al principio se refería específicamente a una casa de vecindad en el cruce de la calle 44 y la Décima Avenida, y que, según se decía, derivaba del nombre de un suburbio londinense²³; los expertos difieren sobre los límites precisos de la zona, pero en distintos momentos Hell's Kitchen englobó todo el área al oeste de la Octava Avenida, desde la calle 23 hasta la 59. Primero la habitaron irlandeses que ya no cabían en Cherry Hill, y, poco después, se les unieron negros que habían perdido contra los italianos la batalla —librada con navajas— por el sur de Greenwich Village. El distrito creció a tontas y a locas en una maloliente atmósfera de mataderos, fábricas de pegamento y jabón y efluvios de la costa, con pegotes que cargaban nombres como Poverty Lane y Misery Row. A la Décima Avenida se le conoció como avenida de la Muerte, sobre todo porque la vía de tren del río Hudson pasaba justo por su mitad, sin la deferencia de un paso elevado o barreras para cruzar. Los «vaqueros» montaban sus caballos delante de la locomotora, anunciando su presencia conforme avanzaba desde Spuyten Duyvil hasta la calle Laight. El extremo norte se convirtió en un sistema de viaductos en la década de 1920 y la parte sur se prolongó de forma subterránea, al mismo tiempo en que el tren dejaba de ser una forma útil para el transporte urbano de mercancías.

²³ En el siglo XIX se aplicaba el término «*hell's kitchen*» (que se traduciría como «la cocina del infierno») a cualquier zona funesta o situación terrible. El mediático gánster y cabeza de turco Georgie Appo, por ejemplo, mostró su alivio al abandonar una fábrica en la que era explotado diciendo: «Me encantó dejar atrás semejante *hell's kitchen*» (N. del A.).

La tensión creció entre los grupos étnicos, especialmente entre los irlandeses católicos y los protestantes —con el Orange Riot de 1875— y entre los irlandeses y los negros. Los disturbios raciales comenzaron en la década de 1870 y culminaron con las catastróficas revueltas de 1901, cuando los enfrentamientos se apoderaron de todas las calles desde la número 25 hasta la 37, al oeste de la Octava Avenida, que fueron un factor importante en la migración de los negros hacia el norte de la ciudad algunos años después. Igualmente inestable era el área justo al norte de Hell's Kitchen, conocida como San Juan Hill, en memoria del décimo regimiento de caballería²⁴, que, no obstante los relatos populares, tomó las colinas epónimas en Cuba mucho antes que los Rough Riders de Teddy Roosevelt. La parte sur del vecindario era de los negros, un territorio que se extendía hasta la mitad de la calle 62, y la parte norte era irlandesa. Esto convertía la calle en escenario de pequeñas y constantes escaramuzas, que tenían como escenario la tierra de nadie de las estaciones de clasificación de trenes que había entre las calles 59 y 63, a lo largo de West End Avenue.

Los negros empezaron a abandonar la parte media del West Side durante el cambio de siglo y se asentaron, primero en pequeños grupos, en Harlem. Harlem había sido al principio uno de los pueblos periféricos más pequeños de la ciudad, un lugar con casas de veraneo para ricos. Se desarrolló a un ritmo alarmante en la década de 1880, a partir de la construcción de cuatro líneas del tren elevado. Grandes empresas de bienes raíces e individuos reformistas se unieron entusiasmados en una cruzada para aligerar la sobrepoblación de los arrabales del East Side,

²⁴ Un regimiento del ejército de Estados Unidos, constituido en 1861, formado por gente afroamericana y a cuyos miembros se les conocía con el nombre de Buffalo Soldiers. Tuvieron una participación destacada en las guerras contra los indios y en la guerra hispanoamericana a finales del siglo XIX. Durante esta última tuvo lugar la batalla de San Juan Hill (N. del T.).

construyendo grandes edificios de apartamentos sólidos y bien planeados, donde los pisos de buen tamaño podían alquilarse a precios inferiores o comparables a los cuartos sin ventilación de los gallineros del sur de la ciudad. El proyecto fue un éxito, al menos en la medida en que Harlem se pobló de inmediato, pero el ritmo de la inmigración hizo que el Lower East Side se repoblara constantemente. Pronto, Harlem se pareció a una versión ordenada y asimilada de la parte baja de la ciudad, menos tribal y con más clase media, aunque también con sus territorios étnicos, entre los que había dos Little Italy —una alrededor de la calle 114 Este, la otra cerca de la calle 110 y Amsterdam— y un gran barrio escandinavo que incluía el corazón comercial de la calle 125. Para la década de 1890, Harlem se había convertido, de hecho, en un barrio periférico, comparable al recientemente anexado Brooklyn. Se construyeron estaciones de metro; las iglesias crecieron como hongos. Harlem tuvo sucursales de las grandes cadenas comerciales del sur de la ciudad y un cinturón de «teatros legítimos»²⁵ y de vodevil que, para las compañías y los *shows* itinerantes, eran la parada inmediatamente previa o inmediatamente posterior a Broadway. Pronto, Harlem fue celebrada como una zona respetuosa con la ley, familiar, con un nivel de monotonía digno del más alto estándar de las afueras.

Alrededor de 1902, la prensa blanca empezó a prestar atención a la afluencia de negros hacia las manzanas situadas entre las calles 133 y 135, entre Lenox y la Séptima Avenida, e investigaron los motivos —no de los colonizadores, sino de aquellos blancos que les alquilaban sus apartamentos—. Se les acusó de traición. Se formaron consejos de ciudadanos blancos al estilo del sur de Estados Unidos. Al final, el dinero se impuso, en particular después de que la astuta empresa negra de bienes raíces

²⁵ Una denominación que data del siglo XVI y se refiere a los teatros que estaban autorizados para montar obras de teatro de autores clásicos (N. del T.).

Nail and Parker comenzara a hacer negocios con grandes lotes de edificios. Su venta en 1911 de diez edificios de apartamentos en la calle 135 a los depositarios de la iglesia St. Philip's Colored Presbyterian Episcopal inició una tendencia que dio lugar a que las prósperas iglesias negras del West Side llegaran una detrás de otra con sus congregaciones. El barrio creció ininterrumpidamente durante la década de 1920, por el sur hacia la parte superior de Central Park, por el oeste hacia Morningside y St. Nichola Park, por el este hacia la Quinta Avenida, y por el norte casi hasta Washington Heights. Para la Segunda Guerra Mundial, Black Harlem se extendía casi de un río al otro por encima de la calle 125 y rebasaba los Polo Grounds. En conjunto y con relativa facilidad, el barrio había cambiado su rostro por completo en menos de un cuarto de siglo, y los afroamericanos, tradicionalmente el grupo étnico más vulnerable de Nueva York, halló dónde echar raíces.

* * *

La estabilidad local ha sido una especie de quimera en la historia de Manhattan. En muchos, si no es que en todos los casos, especialmente después de las grandes oleadas de inmigración, al esforzado asentamiento de un grupo étnico en alguna zona le seguía una mudanza inmediata hacia otro lugar. Las únicas constantes eran: (1) las mejoras en estatus y salario espoleaban a las personas a abandonar sus barrios, antes que a mejorarlos y (2) dentro de Manhattan, ese movimiento era siempre hacia el norte. En retrospectiva, los intentos por hallar algo de lógica a este flujo no han sido muy exitosos. Un observador en 1904, por ejemplo, pensó que había descubierto una suerte de orden natural:

Es un hecho curioso que los franceses pobres se mudan con frecuencia a los barrios que los negros empiezan a abandonar. Los negros

usualmente han mantenido a raya a los irlandeses... Los judíos, como norma, siguen a los franceses o a los italianos, y ocupan las posesiones que se han quedado libres debido a los prejuicios anti-semitas²⁶.

Estas afirmaciones no solo se han demostrado erróneas con el tiempo, sino que incluso en su época no eran más que verdades a medias. El movimiento era tan fluido como constante, y sus patrones eran tan aprensibles como el mercurio.

La gran maquinaria del movimiento todavía no se ha detenido en Manhattan, ni es probable que lo haga en un futuro cercano. En un principio la tarea consistía en ganarle terreno a la naturaleza, cortar los árboles, desalojar a los animales, aplanar los desniveles, drenar los estanques, cerrar el paso a los riachuelos, enterrar las ciénagas, destruir las rocas. Las veintitantas millas cuadradas de la isla de Manhattan parecían interminables en un principio, e incluso cuando los motores del llamado progreso se fueron acercando hasta formar el sonido ininterrumpido de una trilladora, incluso cuando la isla fue cercada, parcelada y demolida para ser reconstruida sobre sí misma, este movimiento siguió pareciendo interminable. La conquista de Manhattan fue un microcosmos de la conquista de todo Estados Unidos, donde se asumió que el espacio podía malgastarse y que aún quedaría suficiente como para maquillar los errores cometidos. En Nueva York, la tierra salvaje se borró del mapa de manera mucho más concisa y completa, para que su lugar fuera ocupado por una jungla humana.

El hacinamiento en los barrios de Manhattan no se debió a ninguna inclinación hacia la economía espacial, sino simplemente a la crueldad de la economía financiera. Cuando los habitantes de un barrio alcanzaban cierto grado de prosperidad,

desechaban su vecindario, y sus sucesores en el peldaño de abajo lo conquistaban y lo habitaban. Este relevo se ritualizó pronto; durante años, el primero de mayo fue el día en el que expiraban todos los contratos de alquiler, y ese día se producían migraciones masivas, familias arrastrando edredones y retratos ancestrales por las calles, como si parodiaran las migraciones en caravana hacia el oeste. Cuantas más mudanzas realizara una familia, más americana se volvía, tanto porque su movimiento ascendente indicaba un mayor grado de éxito material, como porque implicaba un principio entrópico: la cohesión de la unidad étnica o cultural no podía sobrevivir a demasiados desplazamientos. Gradualmente, los migrantes se mezclarían con las demás comunidades, y los hijos de herencias dispares que asistían a la misma escuela desarrollarían más cosas en común entre ellos que con sus padres. Podría decirse, también, sin ser demasiado reduccionista, que mientras la asimilación se mudaba hacia el norte de la ciudad, el éxito se alejaba de las costas, hacia la legendaria Quinta Avenida. Los inmigrantes a quienes iban bien las cosas, o sus hijos, podían cartografiar su progreso a través de sus sucesivos domicilios. Esto se convirtió en parte del vocabulario de las historias de éxito; relatos de personalidades como Al Smith o Irving Berlin recalcan invariablemente su ascenso desde la calle Oliver o Monroe a las zonas prominentes del norte de la ciudad.

Mientras tanto, el tejido físico de los arrabales originales, que seguían sobrepoblados, se descomponía sin que a nadie le importara demasiado, ni siquiera a sus propios habitantes, en tanto que pensaban que tendrían la oportunidad de mudarse a otro lugar. Seguramente no sea coincidencia que los primeros intentos serios por mejorar las condiciones en esos barrios bajos no se produjeran hasta que Manhattan se hubo quedado casi sin terreno edificable. La perspectiva de que Manhattan solo podría seguir construyéndose sobre sí mismo significó que el flujo migratorio debía ser redirigido hacia afuera, y esta eventualidad

²⁶ Hughes, Rupert: *The Real New York*, The Smart Set Publishing Co. (página 241), 1904.

fue uno de los factores que llevó a la anexión en 1874 de Kingsbridge, Morrisania y West Farms, aquello que se acabaría convirtiendo en el Bronx, y la consolidación definitiva del Greater New York en 1898. No fue sino hasta bien entrado el siglo XX que los territorios lejanos de Queens, el sureste de Brooklyn, el norte del Bronx y Staten Island se urbanizaron completamente, y, en ese punto, el ciclo tenía que volver a Manhattan. De esta manera, el emblema heráldico de la ciudad pasó de la imagen de un termómetro a la imagen del gusano uróboros²⁷, con su cola siempre en la boca.



Imagen del Bowery, en torno a 1900



Décima avenida, conocida como avenida de la Muerte

²⁷ Una serpiente enroscada que se come su propia cola. El símbolo data del antiguo Egipto y aparece en regiones tan diversas como la India y los países nórdicos (N. del T.).